

especie de danza cada vez más fantástica y, apesar de su robusta constitución física, empezaba ya á dominarle el sueño. Maquinalmente se repetía á sí mismo que Marina estaba en peligro de muerte, y que por lo tanto no debía dormir; mas estas excitaciones no producían efecto alguno sobre él, y sobreponiéndose al fin la fatiga y la necesidad de dormir, quedó sumido en un sueño pesado y profundo, en el cual se perdieron por completo la realidad y el mundo todo, en el cual la vida parecía haberse petrificado.

Por la mañana, un golpe dado á la puerta le despertó.

—¡Señor Estanislao!—llamóle en voz baja la señora Bigiel.

Púsose en pie de un salto y, volviendo súbitamente á la realidad de las cosas, entró en la habitación de la enferma. Lanzó una única y rápida mirada al lecho de Marina, mas cuando vió cerradas las cortinas, tambaleóse como si estuviera borracho.

—¿Qué ha pasado?—murmuró con los labios pálidos de terror.

La señora Bigiel, le contestó en voz muy baja, pero con voz trémula por la emoción:

—Tiene usted un hijo.

Y apoyó el índice sobre sus labios, para imponerle el silencio.

LXIII

Sucedieron días difíciles. Era tal la debilidad de Marina, que su vida se podía comparar á una lucecita que estuviese á punto de acabarse. Mas al fin la juventud y su organismo se sobrepusieron, y al mejor día la enferma despertó de aquella especie de prolongado letargo y pidió de comer. La señora Bigiel, que aquella noche la había velado, llamó inmediatamente al médico que dormitaba en la habitación inmediata, y pocos minutos después, éste, abandonando la habitación de Marina, contestó á Polaniecki, que le había preguntado cómo estaba Marina:

—¿Cómo se halla?... Id á verla y dad gracias á Dios.

Polaniecki entró de puntillas en la habitación de su mujer. Marina miraba en torno suyo con ojos claros, y apenas se apercibió de la presencia de su marido, le dijo:

—Stach, me encuentro bien, ¿sabes?

—Tanto mejor, niña mía,—contestó él en voz baja.

Fué á sentarse silencioso junto á la cabecera de la cama, no atreviéndose á hablar por temor de cansarla. Apoyó la cabeza sobre el cobertor y permaneció largo rato contemplando á la enferma.

Marina, á pesar de su debilidad, le dirigió una sonrisa de alegría. Le miró en los ojos y después, acariciando con su descarnada mano los negros cabellos de su marido, dijo dirigiéndose á la señora Bigiel:

—¡Cuánto me quiere!

La mejoría continuó rápidamente, y la joven esposa se rejuveneció, cual si para ella hubiese comenzado una nueva primavera.

Sólo por exceso de precaución no se le permitía abandonar el lecho; pero cuanto más recobraba las fuerzas, la alegría de vivir y su propia alegría, tanto más impaciente estaba ella, y todas las noches manifestaba su resolución de levantarse á la mañana siguiente. A consecuencia de su larga enfermedad, habíase verificado un cambio en su manera de ser, y así como antes era tan razonable y tan discreta, parecíase ahora á un niño viciado, insistente cuando quería que se le satisficieran los caprichos más insignificantes, y dándose por ofendida en cuanto se le negaba cualquier cosa. Polaniecki se reía de todos aquellos pequeños caprichos que á veces daban lugar á alegres discusiones. Hasta el abuelo Plavicki tomaba parte con frecuencia en aquella alegría, aún cuando desde el nacimiento de la niña hacía alarde de una dignidad completamente patriarcal. Un día trajo su testamento y obligó á los allí reunidos á oír la lectura de todos sus párrafos, desde el principio hasta el fin. En la introducción daba un conmovedor adiós á la vida, á Marina, á Polaniecki y al nietecito. Después le dejaba á este último toda su fortuna, y, aun cuando, á consecuen-

cia de la quiebra de Masko, le mantenía Polaniecki, estaba, sin embargo, muy conmovido de su propia generosidad, y se daba el aire del pelícano que alimenta á sus pequeñuelos con su propia sangre.

Toda persona que ha pasado una larga enfermedad, cuando se halla convaleciente pasa por todos los estadios de la niñez y de la primera juventud, con la diferencia de que el convaleciente los recorre en pocas semanas, mientras que el niño necesita muchos años. Así acaecía con Marina. La señora Bigiel, que al principio la llamaba *bebé*, aseguraba riendo que, después de haber sido una chiquilla, era ya una jovencita, y como á tal daba muestras de la más pura coquetería y vanidad femeniles. Cuando la peinaban, exigía que colocaran delante, encima de las rodillas un pequeño espejo, para averiguar si era verdad lo que la señora Bigiel le había dicho, esto es, que, después de la maternidad, la mujer se vuelve más hermosa, y estaba sumamente contenta viendo que era verdad lo que la señora Bigiel le había dicho. Y en efecto, jamás había estado tan hermosa como entonces. Polaniecki, según la frase de Bigiel, estaba enamorado de ella como un colegial. Sentía una inmensa gratitud por su salvación, y comprendía que ella era para él como la pupila de sus ojos como la base de su vida. En una palabra, desde que Marina se había puesto buena, la felicidad había entrado en aquella casa.

Ya se deja comprender que el pequeño Polaniecki tenía mucha parte en aquella felicidad. Como

Marina no podía amamantar al niño, fué preciso tomar una nodriza; y Stach, para hacer contenta á la enferma, había buscado una antigua criada de Kerzemien. Era una aldeana joven y robusta, y el mamón no podía menos de hacer rápidos progresos, bajo su custodia. Por lo demás, el pequeño Polaniecki, desde los primeros momentos que abrió los ojos á la luz del mundo, debía tenerse por un personaje de importancia excepcional, porque no tenía consideraciones con nadie, y sólo se cuidaba de sus necesidades y de sus deseos. En prueba de que estaba convencido de ello, cuando no estaba ocupado en chupar ó en dormir, ejercitaba sus pequeños pero robustos pulmones, con gritos tan espantosos, que sólo eran perdonados por consideración á su corta edad. Las señoras sostenían largas discusiones sobre sus cualidades físicas é intelectuales, lo propio que sobre su maravilloso parecido con los autores de sus días. Sosteníase con tesón, que tenía la nariz de la madre, á pesar de que el marido de la nodriza encontraba que se parecía más bien á la de un gatito, y se profetizaba que tendría una sonrisa deliciosa, que sería un guapo morenito, y que indudablemente sería de alta estatura, y que su viveza era una señal indudable de su extraordinario talento.

Cuando Marina se hallaba aún en la cama, la señora Bigiel le participaba sus observaciones y los admirables descubrimientos que se iban haciendo.

Un día se acercó con radiante rostro al lecho de la enferma y la dijo:

—Figúrate que ha extendido uno tras otro los

deditos de su manecita; hubiérase podido jurar que estaba contando. Ya verás como llegará á ser un matemático.

—Lo ha heredado de su padre,—contestó Marina con aire de dignidad.

En cuanto á Polaniecki, al principio contemplaba al nuevo individuo de su familia con gran estupor, que no estaba desprovisto de desconfianza: él, el gran amigo de los niños, había deseado una hija; creía que únicamente con una hija era posible la ternura. Pero después fué persuadiéndose poco á poco de que el pequeñín nada tenía de rudo, antes por el contrario era una criatura tierna y débil, que necesitaba tanto amor y protección como una niña.

—Un hombrecito singular,—pensaba con frecuencia, sintiéndose cada vez más atraído hacia él.

Algunos días después tomó en brazos al niño para llevárselo á su madre; pero en esta sencilla operación desplegó un derroche de fuerzas tan inútil, y se mostró tan desmañado, que no solamente se burlaron de él Marina y la señora Bigiel, sino que hasta corrió el riesgo de perder su dignidad en presencia del marido de la nodriza.

Alegres risotadas resonaban ahora en la casa desde la mañana hasta la noche. Marina creía aún en lo que otras veces había oído decir, y en lo que ahora le parecía era evidente, á saber, que el amor de su marido hacia ella renacería gracias al hijo, y que éste estrecharía todavía más los santos lazos que la unían á su Stach.

Un día precisamente hablaba con Polaniecki de

esta persuasión suya, y éste le contestó sencillamente:

—No, te doy mi palabra de que no es así. Quiero mucho á nuestro chiquitín, pero yo te amaba ya inmensamente antes de que naciese él. Te amo por tí sola, por lo que tú eres.

Tomó entre las suyas la mano de su joven esposa, y, después de haberla besado con pasión, añadió:

—Lo que tú eres para mí, lo mucho que te amo, nunca lo podrás calcular.

—¿De veras, Stach mío?—preguntó Marina, echándole los brazos al cuello con el rostro radiante de alegría.—¡Repítemelo otra vez!

LXIV

Así se llegó al día fijado para el bautizo. Polaniecki había invitado á las personas más íntimas, y por lo tanto asistieron, á más del abuelo, la señora Emilia, que había reunido todas sus fuerzas para poder asistir á la ceremonia, toda la familia Bigiel, Vaskovski, Svirski, Zavidovski y la señorita Ratkovski.

La joven madre estaba tan bella y aparecía tan dichosa, que el pintor, al verla, alzó las manos al cielo exclamando:

—¡Esto es inconcebible! Verdaderamente hay para perder la cabeza.

Los primeros padrinos del pequeño Polaniecki, tenían que ser Bigiel y la señora Emilia, y los segundos, Svirski y la señorita Ratkovski. Mas el pintor empezó á poner dificultades, tratando de sustraerse á tal cargo. Lo habría aceptado con mucho gusto, porque había venido de Italia espresamente para esto; sólo que él jamás había sostenido criaturas en la pila bautismal, y habría sido mejor que hubieran escogido otro, porque él había sido siempre tan afortunado con las mujeres, que no quería ser de mal agüero. Polaniecki, riéndose, le llamó italiano supersticioso; pero Marina, que había adivinado en seguida la verdadera causa de aquel conato de negativa, se acercó á él, diciéndole en voz baja:

—Como no es usted uno de los padrinos principales, no se preocupe usted por eso. Zavidovski no lo tomará á mal.

Svirski la miró sonriendo y luego, dirigiéndose á la señorita Ratkovski, la dijo:

—Es verdad; nosotros estamos en segunda línea, y de consiguiente estoy á vuestras órdenes.

Rodearon todos al pequeño personaje que, completamente vestido de muselina blanca y cubierto de encajes era llevado por la nodriza. Bigiel se lo tomó y empezó la ceremonia.

Los padres escucharon llenos de devoción las palabras del sacerdote; únicamente el pequeño infiel, que no cesaba de pernear, se mostraba en extremo indiferente.

—Inmediatamente después del bautizo, el pequeño héroe de aquella fiesta fué entregado nuevamente á la nodriza, que lo colocó en una magnífica cuna con ruedas, regalo del padrino Svirski. Este, que no había tenido jamás ocasión de observar de cerca una criatura como aquella, inclinóse sobre la cuna, y tomando el niño lo levantó.

—¡Cuidado!—gritó Polaniecki acercándosele con rapidez.

—No tenga usted miedo,—dijole Svirski volviéndose hacia él;—mis manos han llevado cuadros de Luca della Robbia.

Y en efecto, mecía al niño en sus brazos con tanta habilidad, que se habría podido creer que no había hecho otra cosa en toda su vida.

Acercóse al profesor Vaskovski y le dijo:

—Y bien, ¿qué me dice usted de este joven arriano?

—Realmente es un arriano de la mejor especie,—contestó el profesor mirando conmovido al pequeño.

—Y cumplirá su misión,—agregó Polaniecki,—¿no es verdad?

—Y no querrá sustraerse á las cosas sagradas,—contestó el profesor,—como usted mismo tampoco ha podido sustraerse á ellas.

Por lo que se refería al porvenir, no podía, en verdad, decirse nada de particular; más en aquel momento, el joven arriano que tan bellas esperanzas hacía concebir, cumplió su misión de un modo tan indudable é ignominioso, que fué menester entregarlo inmediatamente á la nodriza. Las señoras,

sin embargo, no se asustaron por tan poca cosa y siguieron ocupándose de él, y acabaron por convenir en definitiva en que era una criatura extraordinaria bajo todos los puntos de vista.

Aturdido, probablemente por el incienso que se le estaba ofreciendo, el pequeño genio se había dormido y todos se trasladaron á la sala para comer.

Apesar de su amistad con Svirski, Marina había fijado el sitio que debía ocupar la señorita Ratkovski, al lado del señalado á Zavilovski. Tanto ella, como todos los amigos y el mismo Svirski, deseaban que se explayaran algo las recíprocas relaciones de los dos jóvenes; pero Zavilovski se condujo de una manera muy extraña durante la comida, y Svirski sostuvo que el joven poeta no se hallaba todavía por completo en su estado normal.

En realidad, Zavilovski estaba muy bien, dormía admirablemente, comía con buen apetito, hasta había engordado, discurría con acierto, pero daba muestras de una carencia de voluntad y una incapacidad de iniciativa, que no existían en él antes de su desgracia. En Italia había manifestado una vehemente simpatía hacia la señorita Ratkovski, pero desde su regreso á la patria, parecía como si para él no existiera aquella joven. Durante la comida comió también con gran apetito, y hasta daba muestras de impaciencia, cuando tardaban en llegar á él los guisados, que se ofrecían primeramente á los más viejos.

La señorita Ratkovski, que había notado todo esto, le miraba con sincera compasión; pero Marina, por el contrario, estaba disgustada de ello y, para

obligarle á entablar conversaci3n con su vecina de mesa, le dijo inclinándose sobre la mesa.

—Cuéntele usted á Estefanía algo de su viaje por Italia. Tú no has estado nunca allí, ¿verdad Estefanía?

—No—respondió la señorita Ratkovski;—leí tiempo atrás un libro de viaje, pero no es lo mismo leer que ver con los propios ojos.

Púsose de pronto encarnada como una cereza, porque sin querer, había confesado que, mientras Zavilovski estaba en Italia, ella había leído un libro de viajes por aquel país.

—Me dejé convencer por Svirski para dar un paseo hasta Sicilia,—dijo Zavilovski,—pero tuve un calor horrible. Esta sería la estaci3n oportuna para ir allá.

—A propósito,—repuso Marina;—ahora que recuerdo: ¿qué ha sido de sus impresiones de viaje que usted debía dirigirme en forma epistolar? Yo no he recibido ni una línea.

Zavilovski se puso encarnado como una amapola, miró con perplejidad en torno suyo, y con voz insegura contestó:

—Es que... no pude. Pienso escribir mucho, positivamente... pero más tarde.

Svirski, que había oido estas palabras, se acercó á Marina después de comer y la dijo en voz baja, mientras con los ojos señalaba á Zavilovski:

—¿Sabe usted á que le comparo á veces cuando le miro? A un precioso instrumento de cuerda que se ha roto.

LXV

Algunos días después del bautizo, el pintor fué á ver á Polaniecki, que se hallaba en la oficina, para enterarse de la salud de Marina, y al mismo tiempo para hablarle de cosas que le interesaban. Pero viendo que Polaniecki se disponía á salir, ofrecióse á acompañarle hasta su casa.

—Me dispensará usted si no me detengo,—le dijo Polaniecki.—Marina sale hoy de casa por primera vez. Los Bigiel nos han convidado. No quisiera hacerla esperar. Sólo falta media hora.

—¿Eso quiere decir que se encuentra muy bien?

—Como un pez en el agua, gracias á Dios,—contestó Polaniecki con aire satisfecho.

—¿Y el joven arriano?

—El joven arriano es listo también como un pez.

—¡Hombre afortunado!—exclamó Svirski.

—No puede usted figurarse cuanto me interesa ahora ese rapazuelo. ¿Recuerda usted que yo deseaba una niña?

—¡Ah, amigo mío! Todavía no ha llegado usted al fin de su jornada. También vendrá la niña. Pero usted lleva prisa, salgamos.

Polaniecki se puso el abrigo y los dos salieron juntos del despacho. El cielo estaba sereno, pero hacía un frío intenso. Los trineos corrían veloces por encima de la nieve helada al alegre sonido de las campanillas. Los transeuntes habían levantado los alzacuellos de sus abrigos hasta cubrirse las orejas. Una blanca helada cubría sus barbas, y la respiración que salía de sus bocas, formaba una pequeña nube.

—¡Qué día tan hermoso,—exclamó Polaniecki.— Me alegro por Marina.

—Usted está contento y por eso lo halla todo bonito,—le dijo Svirski cogiéndole por un brazo.

Mas luego lo soltó de pronto y, poniéndosele delante, se detuvo en medio de la acera, y con aire que parecía agresivo, le dijo:

—¿Sabe usted que su esposa es la señora más hermosa de Varsovia? Se lo digo yo, yo.

Y diciendo esto, se golpeaba el pecho con el puño, como para confirmar que era él y no otro quien lo decía.

—Sí,—contestó sonriéndose Polaniecki,—y hasta la mejor y la más digna. Pero, andemos que parados nos helamos.

Cuando Svirski hubo vuelto á apoyarse en su brazo, añadió con voz trémula:

—Lo que he sufrido durante su enfermedad, sólo Dios lo sabe; pero vale más no hablar de ello. Su curación ha sido para mí una felicidad inesperada, y, si el Omnipotente nos deja con vida hasta la próxima primavera, la prepararé una sorpresa que ha de serla muy agradable.

Dieron algunos pasos en silencio, y luego Pola-

niecki pidió noticias al pintor sobre su próximo viaje.

—Es probable que vaya en seguida á Florencia,—contestó éste,—porque tengo que arreglar allí algún asunto, y luego saldré para Roma. De esto precisamente le quería hablar á usted, porque esta mañana Zavilovski ha venido á verme y me ha pedido que lo tome por compañero de viaje.

—¿Y ha consentido usted?—preguntó Polaniecki.

—No podía negarme, apesar de que algunas veces su compañía es algo pesada. Esto queda entre nosotros. Ya sabe usted cuánto le aprecio y cuánta compasión me inspira, y por lo tanto, ya comprendo usted cuán penoso es para mí hablar de él en estos términos, pero ya no es el mismo de antes; ha cambiado de una manera espantosa... El día del bautizo le dije á la esposa de usted que me parecía un precioso instrumento de cuerda, echado á perder, y es así. No puede usted imaginarse cuánta mala sangre se ha dado por aquellas cartas que debían ir dirigidas á su esposa, y en las cuales tenía que describir sus impresiones de viaje. Pasaba horas enteras paseándose arriba y abajo por su cuarto, apretábase la frente entre las manos, se sentaba, volvía á ponerse en pie, y todo sin poder lograr su objeto. ¡Quiera Dios que vuelva á ser lo que era! El dice á todo el mundo que seguirá escribiendo, mas él mismo empieza á dudar de que lo pueda hacer, y por eso se aflige: esto lo sé.

—¡Qué desgracia para él y para la señorita Elena!—exclamó Polaniecki.

—Pero á la que yo compadezco más,—repuso

Svirski,—es á la señorita Ratkovski. También ésta duda de que pueda volver á ser el Zavilovski de antes.

—¡Pobre señorita!—observó Polaniecki.—Si él quiere partir, prueba que ya no piensa en ella.

—Todavía esperaré un año,—declaró Svirski.—Transcurrido este plazo, la vuelvo á pedir por esposa; entonces ya no tendrá compromiso. Tal vez durante este tiempo se verifique algún cambio en ella, mayormente cuanto el otro se preocupa tanto por ella como yo por el Gran Turco. ¡Qué singular es todo esto! Puede usted creer que lo he intentado todo para despertar en su corazón una chispa de interés hacia esa muchacha. Ahora no quisiera que la señorita Ratkovski pudiera figurarse que he sido yo quien le ha inducido á partir. He aceptado su proposición porque no podía hacer otra cosa. Por lo tanto, si alguna vez se saliese á hablar de este viaje, hágame usted el favor de decir á la señorita Ratkovski que yo no he estimulado á Ignacio, y dígame usted que yo haré todo lo que juzgue que pueda contribuir á su felicidad, aún en perjuicio de la mía.

—Será usted complacido,—contestó Polaniecki.

—Se lo agradezco. Antes de partir, iré á ofrecer mis respetos á la señora Marina.

—Ya lo supongo. Venga usted al anochecer, porque así podremos estar más rato juntos. Si este verano vuelve usted, espero que pasará usted algunos días conmigo, en compañía de Zavilovski.

—¿En Bucinek?

—Tal vez en Bucinek ó tal vez en otro sitio. Todavía no está resuelta la cosa.

De pronto Polaniecki se interrumpió. Había visto al señor Osnovski, que en aquel momento salía de una tienda de frutas, llevando un paquete en la mano.

—¡Toma, Osnovski!—exclamó Svirski.

—Está desconocido,—observó Polaniecki.

En efecto, Osnovski había cambiado mucho. Del cuello de la pelliza, surgía una cara flaca, amarillenta y envejecida. Cuando se apercibió de la presencia de los dos amigos, experimentó una especie de terror, y de seguro que por un momento tuvo la idea de pasar adelante, fingiendo que no los había reconocido. Pero la acera estaba desembarazada y los dos amigos le venían casi de frente, por lo cual se acercó á ellos y les saludó con tal aluvión de palabras que daba á entender que por este medio trataba de dar una dirección distinta á las ideas que á ellos se les pudieran haber ocurrido á su vista.

—¡Buenos días, señores! Es raro que os haya encontrado, porque resido en Pritulov y vengo muy contadas veces á Varsovia. Me he hecho traer uvas, porque me las prescribieron para curarme, pero como me las han enviado embaladas con serrín, han tomado un olor desagradable. Confío que éstas,—añadió mostrando el paquete,—serán mejores. ¡Qué frío hace hoy! En Pritulov tenemos magníficas carreras de trineos.

Dieron juntos y perplejos algunos pasos, hasta que por fin, Polaniecki le preguntó:

—¿No pensaba usted hacer un viaje á Egipto?

—Sí, y pienso todavía hacerlo. Tal vez salga uno de estos días. Aquí, durante el invierno, nada tenemos que hacer, y uno se aburre horriblemente.

Interrumpióse de pronto, como si le hubiera acudido la idea de que la conversación tomaba un giro desagradable para él, sucediéndose un silencio todavía más embarazoso. Todos se hallaban dominados por ese sentimiento que experimentamos cuando, á consecuencia de un acuerdo tácito, nos esforzamos en hablar de cosas fútiles, para no vernos en la precisión de hablar de las importantes, porque nos son penosas. Osnovski se habría despedido de muy buena gana, pero las personas acostumbradas á observar las formas convencionales de la buena sociedad, procuran siempre, aún en casos graves, guardar al menos las apariencias, y por eso él quería buscar un medio oportuno y natural para deshacerse de los dos amigos. Mas, como no acertaba á dar con él, la situación iba haciéndose cada vez más desagradable. Estaba casi á punto de tomar la resolución de separarse sin aducir pretexto alguno, cuando otra idea le contuvo. Hacíasele insoportable la comedia. ¿Por qué tenía que hacer un secreto de su desgracia, por qué no tenía que hablar de ella? Obedeciendo á este pensamiento, se detuvo, y, con voz entrecortada y casi balbuciente, les dijo:

—Dispensadme, señores, si os entretengo un momento. Ya sabrán ustedes que me separé de mi esposa, y no existe razón alguna que me impida hablar de ella á los amigos á quienes aprecio, como les aprecio á ustedes. Esto ha acaecido, porque...

porque yo lo deseaba y mi esposa lo deseaba también.

Faltóle la voz y no pudo hablar más. Visiblemente quería darse á sí propio toda la culpa de lo acaecido, pero en seguida se había hecho cargo de la inutilidad de semejante mentira que no podía ser justificada, ni por el sentimiento del propio deber, ni por un miramiento humano. Como era natural, perdió completamente la cabeza. Dibujóse en su semblante una penosa perplejidad y, con su paquete de uvas en la mano, se alejó lo más deprisa que le fué posible.

Svirski y Polaniecki se miraron uno á otro, profundamente conmovidos.

—¡Dios mío!—exclamó el segundo,—Ese hombre acabará por matarse.

—Lo que en este momento me preocupa,—dijo Svirski,—es el pensar que la infelicidad, al igual de la muerte, rompe todos los lazos que unen á los hombres entre sí.

—Usted conoce á Osnovski tanto como le conozco yo; sé que me tiene cariño y que paulatinamente llegaremos á ser extraños el uno para el otro. No hay remedio, pero me contrista.

Verdaderamente es una historia muy triste. Dudo que exista otra mujer en el mundo que haya sido tan idolatrada por su marido como esa señora Osnovski

—Me parece casi imposible que ese pobre señor pueda sobrevivir á su desdicha.

—¿Quién sabe? Tal vez se conformará con su destino,—concluyó Svirski.

Mas Osnovski, por el contrario, no podía conformarse con él. Tanto en Pritulov como en Varsovia, donde todo le recordaba á su mujer, la vida habia llegado á hacersele insoportable, y de consiguiente resolvió partir. Hallándose ya algo alterada su salud, durante su viaje se sintió peor, y, llegado á Viena, se puso gravemente enfermo. Al principio se trataba de una simple *influenza*, pero no tardó ésta en degenerar en un tifus del peor carácter. El enfermo perdió el conocimiento y, recogido en un asilo, quedó encomendado á manos mercenarias y cuidado por médicos extranjeros. Lejos de su patria, quedó solitario y enfermo en país extranjero; en sus sueños calenturientos, parecíale tener cerca de él un rostro conocido, un rostro que era para él el más querido en la tierra, y lo creyó asimismo cuando recobró los sentidos. Pero se sentía tan débil, que ni siquiera podía moverse, ni hablar, ni asociar sus ideas.

Después, inmediatamente después, desvaneciése aquel rostro que habia soñado. Buscó á la hermana que con tanta solicitud le habia curado, y se apoderó de él un extinguido afán de recobrarla...

LXVI

Después que Svirski y Zavilovski hubieron partido, los esposos Polaniecki reanudaron su primitiva vida de retiro, y únicamente velan á la familia Bigiel, á la señora Emilia y al profesor Vaskovski, lo cual no impedía que se encontraran muy bien y muy dichosos. Polaniecki trabajaba muchísimo y estaba especialmente ocupado en llevar á cabo un negocio suyo particular del cual no quería decir palabra á nadie. Tan pronto como acababa su trabajo, apresurábase á volver á su casa; ahora tenía todavía más afán en estar al lado de Marina que cuando eran novios y vivía ella aún al lado de su padre.

Así transcurrió el invierno. En el mes de Febrero, Polaniecki hizo varios viajes para negocios, y cada vez que volvía de uno de esos viajes, celebraba largas conferencias con Bigiel. Pero, á fines del mes, pudo dedicarse más á su familia, y dió pasos con su mujer y con el niño.

Su vida uniforme veíase, de vez en cuando, modificada por las visitas de la señora Bigiel.